



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles de Ceniza 5 de marzo de 2003

La Cuaresma, tiempo de oración más intensa, ayuno y penitencia

1. Hoy, miércoles de Ceniza, la liturgia dirige a todos los fieles una fuerte invitación a la conversión con las palabras del apóstol san Pablo: "En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios" (2 Co 5, 20). La Cuaresma es el tiempo más propicio espiritualmente para acoger esta invitación, porque es tiempo de oración más intensa, de penitencia y de mayor atención a las necesidades de los hermanos.

Con el rito de la imposición de la ceniza, que realizamos hoy, reconocemos que somos pecadores, invocamos el perdón de Dios, manifestando un sincero deseo de conversión. Así emprendemos un austero camino ascético, que nos llevará al Triduo pascual, centro del Año litúrgico.

2. Según la antigua tradición de la Iglesia, todos los fieles deben guardar hoy abstinencia de carne y ayuno, con la única excepción de los que razonablemente no pueden hacerlo por motivos de salud o de edad. El ayuno tiene un gran valor en la vida de los cristianos; es una exigencia del espíritu para mejorar su relación con Dios. En efecto, los aspectos exteriores del ayuno, con ser importantes, no son lo principal. Es preciso ponerlos en práctica con un deseo sincero de purificación interior, de disponibilidad a cumplir la voluntad de Dios y de solícita solidaridad con los hermanos, especialmente con los más pobres.

Existe un vínculo muy estrecho entre el ayuno y la oración. Orar es ponerse a la escucha de Dios y el ayuno favorece esta apertura del corazón.

3. Al entrar en el tiempo de Cuaresma, no podemos por menos de tener en cuenta el actual marco internacional, sobre el que se ciernen amenazadoras tensiones de guerra. Es necesario que todos asuman conscientemente su responsabilidad y se esfuercen por evitar a la humanidad otro dramático conflicto. Por esto, he querido que este miércoles de Ceniza sea una *Jornada de oración y ayuno* para implorar la paz en el mundo. Debemos pedir a Dios, ante todo, la conversión del corazón, en el que tiene sus raíces toda forma de mal y todo impulso hacia el pecado; debemos orar y ayunar por la convivencia pacífica entre los pueblos y las naciones.

Al inicio de nuestro encuentro hemos escuchado las estimulantes palabras del profeta: "No alzaré la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra" (*Is 2, 4*). Y también: "Forjarán de sus espadas arados; de las lanzas, podaderas" (*Is 2, 4*). Por encima de las vicisitudes de la historia está la presencia soberana de Dios, que juzga las decisiones de los hombres. A él, "árbitro de las naciones" y "juez de pueblos numerosos" (*Is 2, 4*), dirigimos nuestro corazón para implorar un futuro de justicia y paz para todos. Este pensamiento nos debe estimular a cada uno a proseguir sin cesar nuestra oración y nuestro compromiso por construir un mundo donde, en vez del egoísmo, reinen la solidaridad y el amor.

4. He querido volver a proponer la apremiante invitación a la conversión, a la penitencia y a la solidaridad también en el *Mensaje para la Cuaresma*, publicado hace pocos días, y que tiene por tema la hermosa frase de los Hechos de los Apóstoles: "Hay más alegría en dar que en recibir" (*Hch 20, 35*).

De hecho, sólo convirtiéndose a esta lógica se puede construir un orden social marcado no por un equilibrio precario de intereses en conflicto, sino por una búsqueda equitativa y solidaria del bien común. Los cristianos, como levadura, están llamados a vivir y difundir un estilo de gratuidad en todos los ámbitos de la vida, promoviendo así el auténtico desarrollo moral y civil de la sociedad. Al respecto escribí: "Privarse no sólo de lo superfluo, sino también de algo más, para distribuirlo a quien vive en necesidad, contribuye a la negación de sí mismo, sin la cual no hay auténtica praxis de vida cristiana" (*Mensaje para la Cuaresma*, n. 4: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 14 de febrero de 2003, p. 3).

5. Quiera Dios que esta Jornada de oración y ayuno por la paz, con la que iniciamos la Cuaresma, se traduzca en gestos concretos de reconciliación. Tanto en el ámbito familiar como en el internacional, cada uno se ha de sentir y hacer *corresponsable de la construcción de la paz*. Y el Dios de la paz, que escruta las intenciones de los corazones y llama a sus hijos artífices de paz (cf. *Mt 5, 9*), dará la recompensa (cf. *Mt 6, 4. 6. 18*).

Encomendamos estos deseos a la intercesión de la Virgen María, Reina del rosario y Madre de la paz. Que ella nos tome de su mano y nos acompañe durante los próximos cuarenta días, hacia la Pascua, para contemplar al Señor resucitado.

A todos deseo una buena y fructuosa Cuaresma.

Saludos

Saludo a los peregrinos de lengua española. De forma especial a los alumnos del seminario menor de Guadalajara (España), así como a los estudiantes de Plasencia, Talavera de la Reina y Logroño; también a los miembros del Centro cultural Guayalar, de Guayaquil (Ecuador). Os deseo que la Virgen María, Reina del rosario y Madre de la paz, os acompañe en este camino de cuarenta días hasta la Pascua. Buena Cuaresma a todos.

(A los grupos belgas y holandeses)

Hoy, miércoles de Ceniza, queremos ayunar y orar por la paz en el mundo, e iniciamos un período de oración, penitencia y recogimiento: la Cuaresma.

(A los eslovacos)

En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios. Al inicio de la Cuaresma escuchamos esta recomendación dirigida personalmente a cada uno de nosotros; pongámosla en práctica con generosidad.

(En italiano)

Dirijo, además, un afectuoso saludo a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*.

Queridos hermanos y hermanas, que el tiempo cuaresmal, que comenzamos hoy, sea un camino de conversión a Cristo. Que sea ocasión propicia para tener en la existencia cotidiana, según las diversas situaciones en que se halla cada uno, los mismos sentimientos del Salvador, que por nosotros dio su vida en la cruz, hallando consuelo y apoyo en su sacrificio ofrecido por la salvación de toda la humanidad.